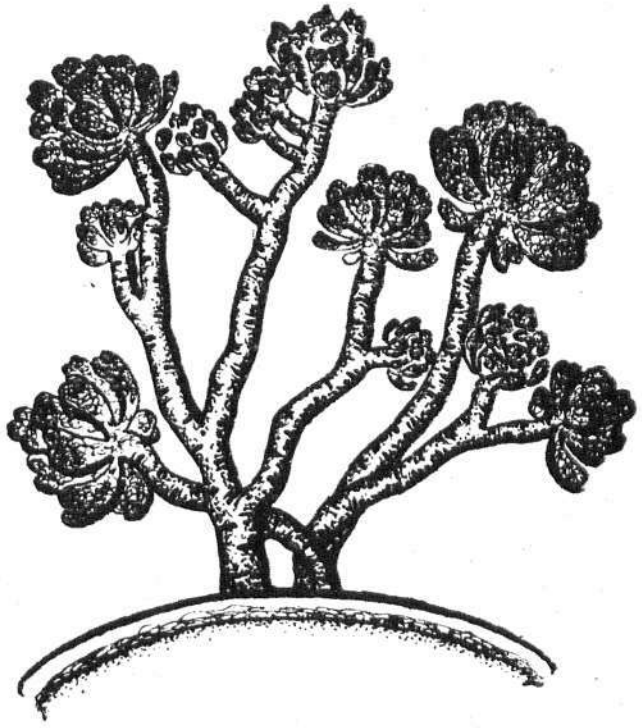
BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MEDIODIA

REVISTA DE SEVILLA



VIII

Gerardo Diego: "Sirelda." Vicente Aleixandre: "Noche: órbita política." Antonio Marichalar: "Nada." Rafael Laffón: "Apólogo con cinco ojos." Luis Cernuda: "De un «diario»." Emilio Prados: "Juego de memoria." Manuel Altolaguirre: "Poema de asedio." Guillermo de Torre: "Del tema moderno." Fernando Villalón: "Romance de Doña Maxi Dolorida." Juan Sierra: "Romance." J. Rodríguez Cánovas: "Breve mensaje de campesinado." Mauricio Bacarisse: "El Crimen."

Nocturno. Tres dibujos de Benjamín Palencia.

Ornamentación de Pablo Sebastián.

© Biblioteca Nacional de España

MEDIODIA

PUBLICACIÓN MENSUAL DE LITERATURA

DIRECTOR: *EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN*
SECRETARIO: *RAFAEL PORLAN Y MERLO*
ADMINISTRADOR: *A. COLLANTES DE TERÁN*
REDACTOR-JEFE: *J. ROMERO Y MURUBE*

DIRECCIÓN: *SAN VICENTE, 22*
ADMINISTRACIÓN: *ESCUDEROS, 2*

SEVILLA

© Biblioteca Nacional de España

O
34

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

NOTICIA DE REVISTAS

«Revista de Occidente» Madrid.—Núm. 48.—Junio 1927

Rosa Chacel, Franz Roh, B. Cabrera, Juan Chabás, Lidia Scifulina, García Gómez, Calleja, Tenreiro, Fernández Almagro, Francisco Ayala.

«Verso y Prosa» (Boletín de la joven literatura), Murcia — 1927 — Junio

NUM. 6.—Claudio de la Torre, Vicente Aleixandre, Antonio Marichalar, E. Giménez Caballero, José M.ª de Cossío, José Bergamín, Juan Chabás, Federico García Lorca, M. Arconada. Dibujos de Ramón Gaya, Juan Bonafé y Esteban Vicente.

«Oromana» Sevilla.—Núm. 32.—Mayo, 1927

Pedro Raida, José M.ª Monfort, Fernando de los Ríos y de Guzmán, José Torres Revello, Concha Méndez Cuesta, Alejandro Guichot y Sierra, Manuel Fernández y Lasso de la Vega.

«Papel de Aleluyas» Núm. I.—Huelva — 1927 — Julio

E. Giménez Caballero, Félix de Buenes, Gerardo Diego, Mauricio Bacarisse, Fernando Villalón, Rogelio Buendía, Manuel Halcón, Ramón Gómez de la Serna, Adriano del Valle.

«Residencia» Núm. 2.—Madrid.—Mayo-Agosto 1927

Blas Cabrera, Bacón, Tello, D'Ors, Bello, Marichalar, Jarnés, Alberti, Sánchez Cantón, Arniches, Winthuysen, Moreno Villa, Espina, Trend, Neville, Díez Canedo, Alfonso Reyes.
Dibujos de Moreno Villa y Max Jacob.

«Revista del Ateneo» Núm. 35.—Jerez de la Frontera.—Junio 1927

Chamorro y Latorre, Martín Ferrador, Pedro Naranjo.

«L'Amic de les Arts» Sitges

Carbonell, Planes, Montanya, Toix, Gasch, Torment.

«La Gaceta Literaria» Madrid.—Núm. 15.—Julio 1927.

«La Nouvelle Revue Française» Núm. 166.—París.—Julio 1927

Schlamberger, Claudel, Lacretelle, Maury, Robin, Proust.

«La Revue Nouvelle» Núm. 30.—París.—Mayo 1927

Beucler, Anderson, Manuel Lelis, Bloch, Emié, Mann.

Núms. 31 y 32.—Junio — Julio 1927.—París

Franz Hellens, Ernest Boyd, Geoges Pillement, Jean Richar, Bloch, Klaus, Mann.

«Les Cahiers du Sud» Marsella.—Núm. 92.—Julio 1927

F. P. Alibert, Georges Neveux, Alexei Remizoo, Pierre Colle, Maurice Courtois Suffit, Louis Emié.

© Biblioteca Nacional de España

Carbonell y C.ª, S. en C.

SEVILLA

Maderas

Aceites

Aceitunas

Cereales

Vinos de Montilla

Oficinas: HERNANDO COLON núm. 34

© Biblioteca Nacional de España

HOTEL MADRID

SEVILLA PALACE HOTEL

SEVILLA

© Biblioteca Nacional de España

Colección "Mediodía"

VOLÚMENES PUBLICADOS:

Alejandro Collantes de Terán: "VERSOS"

R. Porlán y Merlo: "PIRRÓN EN TARFÍA"

EN PREPARACION: "SESGOS" DE J. ROMERO Y MURUBE

Antología de Poetas Andaluces
1918 - 1927

LIBROS NUEVOS

EDICIONES "REVISTA DE OCCIDENTE"

Franz Roh: *Realismo mágico* — José Ortega y Gasset: *Tríptico*
C. G. Yung: *Lo inconsciente* — E. Zamiatin: *Como se curó el doncel Erasmo*

EDICIONES "BIBLOS"

Mariano Azuela: *Los de Abajo* — Maroto: *Andalucía*

EDICIONES "BIBLIOTECA NUEVA"

J. de la Luz León: *Amiel* — Gonzalo R. Lafora: *Don Juan, los milagros y otros ensayos.*

Rafael Calleja: *La época sin amor* — Emerson: *La ley de la Vida*
Lafenestre: *La leyenda de San Francisco de Asís.* (M. Aguilar, Editor).

Librería de Lorenzo Blanco
VILLEGAS, 5 (Pza. del Salvador) * SEVILLA

© Biblioteca Nacional de España

MEDIODIA
REVISTA DE SEVILLA
1927
Nº VIII

Giralda

Giralda en prisma puro de Sevilla,
nivelada del plomo y de la estrella,
molde en engaste azul, torre sin mella,
palma de arquitectura sin semilla.

Si su espejo la brisa enfrente brilla
no te contemples—ay Narcisa—en ella.
Que no se mude esa tu piel doncella
toda naranja al sol que se te humilla.

Al contraluz de luna limonera
tu arista es el bisel, hoja barbera
que su más bella vertical depura.

Resbala el tacto su delicia vana.
Yo mudéjar te quiero y no cristiana.
Volumen nada más: base y altura.

Gerardo Diego.

© Biblioteca Nacional de España

Noche: órbita política

En otras ocasiones he anotado mis entradas o mis salidas de la noche en el campo; ¿pero la noche de la ciudad? Yo nunca había pasado la noche en la ciudad. Penetraba siempre en ésta, de mañana, por la amplia Avenida primera, con el sol en la espalda, deprisa, sintiendo su insaciada necesidad de espacio, aligerándome para no estorbarle, y luego me entretenía en despachar mis asuntos en el fragor de las luces diarias, a veces horrísono, sin sospechar que había un silencio nocturno, un silencio sin plata, de ausencia de metal, de reposo reciente.

Todas mis faenas me las ensordecía la luz trepidante, y yo salía de la ciudad al final del día. por la puerta del Oeste, sin fuerzas propias, sorbido, disparado, extraído de la cápsula urbana por la absorbente tirantez del crepúsculo, que antes de hundirse extendía sus fríos tentáculos largos en busca de una presa postrera que asimilar, aturdiéndola, cegándola previamente con su tinta dorada, volcando sobre sus ojos todas sus últimas defensas luminosas, que la envolvían en una atmósfera de oro irrespirable y la servían inerte, madura para los rojos, agudos, mortales apetitos y contracciones de Occidente.

Pero yo ignoraba la noche de la ciudad. Un día, detenido en las últimas ocupaciones, hundido en los bajos fondos de la capital, sentí pasar sobre mi cabeza los largos tentáculos deslumbradores, que se extendían, tanteaban, me buscaban sin encontrarme. Me encogí a tiempo y los ví, tensos, comprobar el aire, la tierra, apoyar sus ventosas en los vidrios de las ventanas, retirarse al cabo lentamente, dejando un polvillo fino, dorado, insuficiente, y desaparecer por último. Emergió mi cabeza y me encontré en la calle entre un frío gris y la soledad más terrible. La ciudad se había puesto toda boca abajo—o me lo parecía a mí—y el cielo de greda sostenía a fuerza de lógica los cimientos de los edificios. Eché a andar por sus calles, y las ví desplomarse en sus moles, huecas de miradas, contra mis hombros helados, como rodándome por ellos, aunque no las sentía; oprimiéndome con sus volúmenes imperiosos, casi en cascada de cubos geométricos, cruces de calles, ángulos, sombras, esquinas; cinemática sucesión de realidades tajantes. Miré arriba, al cielo. Estaba la noche naciendo. ¿Naciendo? No, cayendo en aluvión sordo. Revueltas me caían sobre la cabeza las ventanas, las torres, las masas cuadradas de la calle, los triángulos de pizarra, los cascotes en segmentos de fachada, grises, negros, azules, opacos, con la pátina de la hora, y los círculos blanquecinos del halo de los faro-

© Biblioteca Nacional de España

les, lenguas invertidas, derribadas—¡pero qué exactas!—en los rincones de la noche naciente.

Miré el montón geométrico, ajeno a la gravedad, que tenía ante mis ojos, y ví que era la obra de la noche. Así estaba la ciudad toda de derecha a izquierda, naturaleza muerta sobre la justa plataforma intacta. Así se había hecho de noche en ella, de un modo neto, fuera de toda representación inmediata, buscando el amor de la noche por el amor de las formas puras, creando la sorpresa por la intuición nocturna, llena de rigor estético, la sorpresa con norma, de firme estilo, para sus habitantes (¿dónde, dónde, dónde?): desierta entre los planos encontrados de la luna.

Pude presenciarlo todo y gozarlo, y cuando la suma se hizo perfecta, culminó de silencio, de permanencia, levantando al cielo caótico su insigne verdad adivinada, ante mis ojos estáticos y primerizos, y quedó alta, magnífica, nunca más cierta, bajo el roce tangible de la sombra; hasta que la mañana siguiente lo desmoronó todo a fuerza de naturaleza absorbente, de pujanza y razón, restableciendo la verdad práctica, para dejar sonar enseguida—otra vez mi reingreso—los firmes metales del alba, sobre aliento heridor, diana aguda en los tímpanos—témpanos—sumergidos.

Vicente Aleixandre

Nada

(. Y al escuchar la voz tonante, que se cernía sobre su cabeza, el hombre alzó la vista como buscando un aeroplano. Cuando la dejó caer, vió, junto a los espinos que le mordían los pies, unas hojas en las que se leía: Máximas a la medida de un pecador desnudo.)

Procura inspirar siempre como lo hacen las musas: fugaz y desinteresadamente—y cuidado, sobre todo, de no volver la cara luego.

Borra las huellas de tu buena acción. Si no lo hicieras por virtud, hazlo por conveniencia.

Lo peor es pecar de reojo. Al mal hay que irle cara a cara. Solo así sentirás, al caer, cómo tu propia cruz te sostiene por la espalda.

Lo que más cuesta derribar al remordimiento es un satánico orgullo de anhelo satisfecho, que acompaña—desesperadamente—al pecado.

El hombre es soluble en el vicio, pero no en el pecado. El cristiano si peca, peca siempre por última vez, y con la conciencia tan alerta que no puede nunca entregarse al placer como el pagano.

Dios es.
Las mujeres no son, están.

© Biblioteca Nacional de España

(Los hombres—generalmente—ni son, ni están).

No miras el espejo en que te miras, y el espejo se harta haciéndose pedazos un día; y el espejo era, acaso, tu propia vida: un negro fondo turbio de inquietud azogada, y oculto por superficie, lisa, clara, tranquila de cada día.

Es acaso mas fácil perdonar las ofensas que el perdón recibido.

Niégale tu mirada al puritano que, haciendo evidenciar su virtud, inicia una especulación con ella.

Toda virtud auténtica requiere, para guarecer su temblor y su filo, la misma púdica envoltura que necesita una hoja desnuda.

Entre dos que bien se quieran, con media palabra basta.

Cuida de que eso que hoy reconocen como «tu fuerte», no pase a ser «tu debilidad», en breve.

A falta de pan, buenas son hambres.

Agita tu alegría cascabelera. Sólo así lograrás expulsar el *duro punto negro* que la origina, y ganar, un momento, ese solemne silencio, inicial: vacío previo a las más inauditas sinfonías.

La *Fe no es ciega; abre mucho los ojos*, por el contrario,—pero su hermana Caridad le ciñe una venda muy prieta cada vez que se echan por esas calles.

Los que no tienen la costumbre de rezar, pero sí la de afeitarse, cada día, muy de mañana, ignoran todo el cuidadoso fervor que invierten en ese albo acto de recogida pulcritud.

No olvides cómo estás integrado de díscolos pequeños egoismos. Si te duele una muela, y de pronto, recibes una gran alegría, tu muela seguirá rabiando con más ahinco.

No te alarmes cuando alguien te «honre» con su enemistad. Al peor enemigo se le podría comprar, con sólo prodigarle palabras de consuelo.

Si reservas el corazón, y pones tan solo, en juego, el amor propio, no es difícil que termines por echar el corazón para poder salvar el amor propio.

Creerse envidiado es poseer, ya, por entero el mejor paraiso artificial,

Narciso se acercó un día al Jordán. Se miró en él y su reflejo vió como se estremecía intensamente, porque acababa de descubrir la conciencia.

Hay un cierto don Juan de las ideas. No le des la razón: la quiere para perderla.

Que tu pierna derecha ignore lo que hace tu pierna izquierda—es el secreto de toda la ingenua sabiduría que rige al ritmo de una *dancing-girl*.

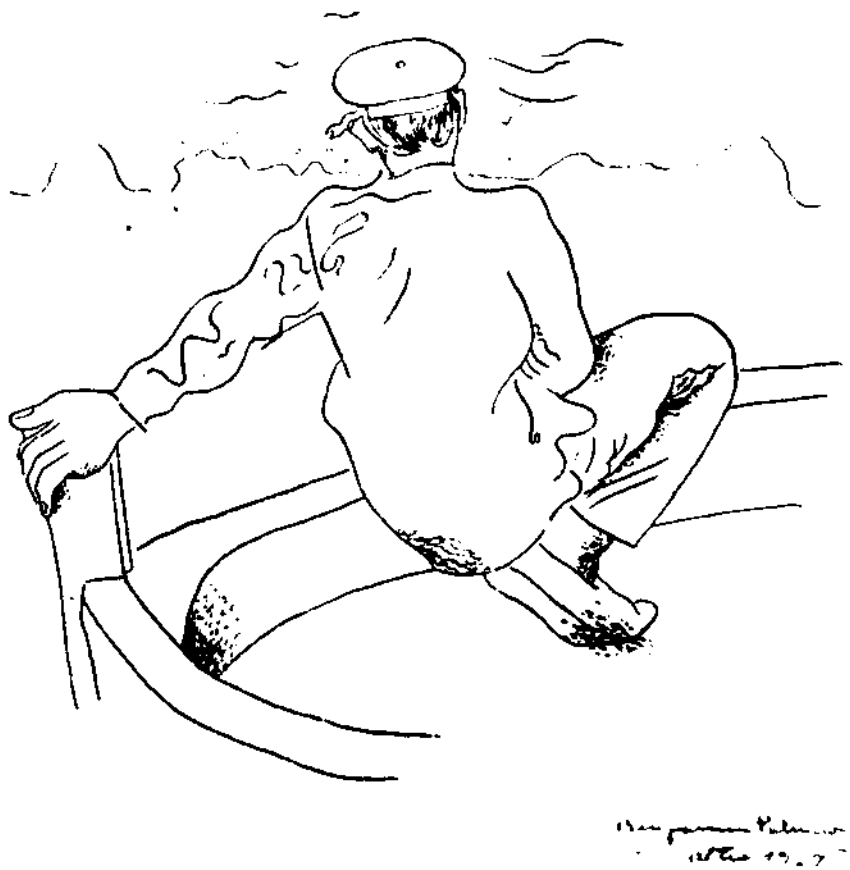
Gozar plenamente sería gozar en plena conciencia, y con plena conciencia es difícil gozar plenamente.

Solo vale el placer lo que vale la pena. Hay que dar, en el goce, la parte que reclama el sufrimiento. Fruición de la penitencia en el pecado. Mitad y mitad. Un angel y un demonio, tirando cada cual por su lado, mantienen tensa la cuerda en la que se juega el riesgo de una vida impasible, en apariencia.

Hay veces que, siéndonos adversas todas nuestras razones, de consumo, experimentamos, empero, un fresco gozo interior, blando, rezumado y materno, como si se nos esponjase la tierra misma de que estamos hechos.

Antonio Marichalar

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

Apólogo de cinco ojos

El puente tiene los ojos
de claro en claro y bien fijos:
espasmo de mirar que
se embota por lo infinito.
(Así dicen que no miran
Dios y los reciénnacidos.)
El agua clara y el agua
oscura de azul marino...;
de eslabón chispa en escamas;
pasado limón de limo;
verde tierno y puro, verde
inédito, verde niño;
y el barquero una balada
rosa que perdió en el río...

Pero al puente, quieto, quieto;
y sin fin y sin principio...;
pero al puente
de todo le da lo mismo.

Cinco ojos tiene el puente;
no tiene ningún sentido...
Lomo de carga que no
sabe del salto imprevisto;
y el pié no resbala, el pié
hincado en el lecho frío...
Los ojos del puente, abiertos:
espasmo ante el remo rítmico,
y la veleidad sutil
que al foque le hace caminos.
Prora que bebe los vientos;
grimpolete, temblor lírico;
timón, voluntad de ruta;
ancla, anhelo de suspiro;
y el marinero que al palo
sube, cuerpo y alma en vilo...

Pero al puente, quieto, quieto,
ley de plomada y martillo...;
pero al puente
de todo le dá lo mismo.

...que la luna ruede y muela
luz en grano en su molino;
grano que—moza es la noche—,
cribó en la criba del río...

Rafael Laffón.

© Biblioteca Nacional de España

De un «Diario»

17 IV 1927.

DOMINGO.

Sobre el espacio, de confín tan evidente bajo el fulgor penúltimo del día, esta silueta urbana dibuja sus muros en realce. Fluyen las calles, todas esquivándose con un sesgo previsto, tranquilas, olvidadas ahora, en su reposo, del cotidiano tráfago violento. ¡Vacío sonoro que devuelve los sonidos lentísimos, como gozosos hoy de su misma lentitud! Muros, solamente muros, desnudos con terca, obstinada obstinación. Pero nadie. ¿Nadie? Nadie, sí... Porque aquella ensimismada figura, inmóvil allá en su ventana remota, casi limita con el aire más que con el suelo. Con el aire, nada festivo: aire de siempre.

14 XII 1926.

ANOTACIÓN.

Por la barca que navega con frágil remo, se crea esa indecisa silueta que subrayan dos riberas.

18 IV 1927.

EFECTO DE PERSPECTIVA.

¡Cuán dulce mirada, la mirada que vierte lo interior: la casa, hacia fuera! Mas esa mirada, aun siendo tan dulce, no está exenta de amargura. Porque el cristal tan leve, cuya no confirmada existencia sólo se sospecha, es la frontera que nadie cruzará. Del otro lado, el que mira, ve la calle, más que como es, como un proyecto de calle ideal. ¡Qué esquemático rostro el de los edificios! ¡Qué atareadísimas hormigas los transeuntes! Sin embargo nadie transitará por esa vía que se transparenta. Y si el contemplador, amotinándose contra su estatuida contemplación, se echase a la calle, sólo alcanzaría la más derrotada derrota: impulsado por una engañosa perspectiva ideal, naufragaría en el río sin estela. Por eso, arrellanado en el sillón, esquiva los visillos que simulan prendas tendidas a secar; prendas que corroboran, no sin socarronería, su nonnato chapuzón ciudadano. Y quieto, en pasiva impasibilidad, relega a un rincón de sí mismo ese posible transeunte ideal de la calle ideal. De la calle ideal, que, como castigo —bien que injusto—ha de seguir contemplando.

© Biblioteca Nacional de España

15 XII 1926.

CANCIÓN DEL PESCADOR.

Agua: te ví tantas veces,
que *te doy mis aparejos.*
No quiero pescar más peces,
que quiero pescar reflejos.

12 VII 1926.

CANCIÓN DEL AFILADOR.

En vano las chispas ruedan
con la piedra que va y viene:
los filos nunca se quedan
tal como el aire los tiene.

4 VI 1925.

VOLUMEN SOBRE EL DIVÁN.

La mano retiene apresado un libro. Lo que finge ¿está aquí dentro, o en el libro? Ningún verso que restituya a su poema; burlada la memoria. Se sabe qué era, no cómo era.

¿Sombras? No, sino brisa irreductible, de alada y diáfana. Un verso recordado, en su estricto y delicado atavío, orea, tan sólo, esa atmósfera interior que su poesía creó: mas no la desaloja una tangible, aunque poética, materia: *beso te doy pero no claridades.*

Y está aquí, en la mano, al alcance de la voz, pero presta a la fuga si quiere el ánimo sojuzgarla: el libro sólo es la estela de su huída. Dentro, y no en el papel, impreciso y tibio, su vacío.

27 VII 1926.

ANOTACIÓN.

Toda en su vuelo, no oscila esa postrer golondrina; en el espacio se fija, revuelo inmóvil, tendida.

16 IV 1927.

NOCHE.

La noche ¿es romántica? Ese arbóreo, oratorio además desmelenado con que se agita al menor viento... Esa misma oscura iluminación suya, necesaria para evidenciar a tan negra masa... Atrae y rechaza, a la vez. Hay un placer—desdichado aunque placentero—en afrontar su negrísima negación inmortal; frente a ella, el hombre es aun más transeunte. ¿Acaso no hace sentir la existencia como un préstamo vital, con demasiados, excesivos intereses? Sólo la lámpara, entre los muros que subrayan humanamente el espacio, detiene, recorta, aisla en el rectángulo neutral de la ventana a la noche militante: su avanzada oscura se inmoviliza, transfundida. El hombre es hombre, de nuevo. Aunque, para serlo, le sea necesario olvidar aquel otro que se queda afuera, subyugado por la ampulosa, romántica atracción de la noche nocturna.

Luis Cernuda.

© Biblioteca Nacional de España

Benjamín Palencia
Altea 1927

© Biblioteca Nacional de España

Juego de memoria

El jardín aletea tras el verde crepúsculo,
medio deshilachado por insectos y frutas.
Herido por el pájaro, huye sobre el reflejo
y en los flecos del agua se le enredan sus lunas.

Se para. Vuelve atrás, y el cansancio del día,
refrescando sus luces, cúrase con el baño;
luego, salta de nuevo en busca de la noche,
deshojando de peces y faisanes sus tallos.

La varilla del mar, a un lado del crepúsculo,
sostiene, amaestrados, al vapor y la estrella,
y el jardín, imitando su postura, en el viento,
sobre un rayo de sombra, sus alas al fin pliega.

La noche se aproxima, descalza, de puntillas,
y vé al jardín dormido como un niño cansado,
y bajo su almohada le deja como premio,
una estrella sin puntas y un ruiseñor cantando.

Emilio Prados.

Del libro inédito «Poesía de Cámara».

© Biblioteca Nacional de España

Poema de Asedio

(ANGUSTIA)

Se agrandaban las puertas.
Yo gigante,
con el recuerdo de mi olvido dentro,
atravesaba las estancias
golpeando las paredes sordas.

¡Qué collar interior en mi garganta,
de palabras en germen, de lamentos
que no podían salir, que se estorbaban
en su gran muchedumbre!

¡Cuanto tiempo de olvido incomprensible!

Siempre ella en su ventana.
Su ventana entre dos nubes—una y ella—
siempre.

...Y yo distante, agigantado, loco,
con el recuerdo de mi olvido dentro,
pesándome en el alma su naufragio,
agarrándose, hundiéndome,
en un tranquilo mar de cielos grises.

Manuel Altolaguirre.

© Biblioteca Nacional de España

Del tema moderno

COMO "NÚMERO DE FUERZA"

¿No sería oportuno que nos entretuviésemos discreminando, ante todo, la fisonomía de la modernidad para saber que es lo que puede considerarse como tal y determinar su legitimidad como factor inspirador del arte actual? Veamos, pues:

«¡Abajo los ídolos: no hay nada más anticuado que lo moderno!»—ordenaba en un poema prismático el verbo ágil de Jean Cocteau—. ¿Afirmación sincera o burlesca paradoja? Quizá, más bien, una *boutade* intencionada por contraste de reacción contra la fuerza invasora de los elementos modernos, que fluyeron un día muy caudalosamente en el estuario del arte nuevo. Invectiva lírica-burlesca la de Cocteau que implica un gesto contrito, reprobatorio de su antigua complicidad. Pues el autor de «Le Potomak» no es totalmente ajeno a la corriente de imposición—¡y no solo de moda!—con que los elementos modernos, los símbolos maquinísticos, las fuerzas mecánicas y, en suma, las nuevas fuerzas de la civilización occidental, han llegado a penetrar en numerosos sectores de la nueva estética, especialmente en las artes aplicadas, facilitando temas, sugestiones o imágenes al lirismo y a la plástica moderna.

Bajo la transcrita condenación de tales elementos se actualiza y late virtualmente un doble problema estético cuyo planeamiento definitivo y resolución ecuacional urge abordar. Se trata, en síntesis, de descubrir si en la nueva era del arte han de ser aun conservados los viejos y agujereados motivos de siempre, confinando la inspiración y la fantasía recreadora en los límites y elementos conocidos, o si, por el contrario, se impone la instauración decisiva de los nuevos y actuales sujetos temáticos promotores de nuevos ritmos. Que tal problema estético, encaminado a valorar la significación de los elementos modernos, y su interpretación literaria o plástica preocupa hoy a los espíritus más vigilantes, nos lo demostraba la convocatoria de aquel curioso Congreso, que fué convocado en París para la determinación de las directrices y la defensa del espíritu moderno. Una de las numerosas cuestiones que habían de ser planteadas era la réplica a la siguiente pregunta: «Entre los elementos llamados modernos, ¿un sombrero de copa es más o menos moderno que una locomotora?» Interrogación singular que bajo su enunciado aparentemente humorístico encerraba la clave de este problema estético y aguzaba la pugna polémica entre dos sectores rivales.

Porque, hostil y paralela a la tendencia subrayada, que propugna la aclimatación espiritual de los valores y símbolos netamente modernos, se acusa una intención opuesta rehabilitadora o, por mejor decir, perpetuadora de los temas rituales y endé-

© Biblioteca Nacional de España

micos. Y resulta extraño que los sostenedores de este criterio regresivo y estacionario sean espíritus inquietos, algunos de ellos con patente juvenil irrecusable, quienes después de haber *flirteado* con las locomotoras, el jazzband y el arte negro, más tarde, ya por debilidad o hastío, niegan el valor estético de lo moderno. ¿Admitiremos sin discusión esa tendencia, que en lo plástico y en lo literario implica fatalmente una orientación temática regresiva? Abordemos diáfanamente los aspectos en que se desdobla tal problema.

Es innegable que una nueva sensibilidad ha nacido con nuestra época y se halla en vías de encontrar su definitiva expresión. Nuestro deber juvenil—ya exaltado—de fidelidad a esta época, nos obliga, por consiguiente, a registrar sus signos más característicos. Y afirmar que las máquinas, su proyección estética, no son como varios pretenden, efecto de una sensibilidad, sino causa inequívoca, palmaria y beneficiosa de esta misma sensibilidad. ¿Acaso la función es anterior al órgano? Son, pues, las ruedas del nuevo maquinismo las que mueven nuestra sensibilidad en un sentido original. Ahora bien: en lo que sí debemos disentir de Marinetti y sus alocados congéneres, es en creer que esta nueva sensibilidad no debe ser proyectada exclusivamente sobre las máquinas, sobre los objetos recientes, sino sobre los temas eternos, los motivos imperecederos que se trasmiten de generación en generación. Conseguiremos así rejuvenecerlos, infundirles una faz inédita, e incorporarlos al friso de sugerentes motivos contemporáneos.

La poesía, para adquirir su más alto valor de autenticidad y coetaneidad, ha de objetivarse sobre elementos vitales y emocionales del contorno. Es cierto que el recuerdo de una cosa—al extraerse del baño en penumbra de la memoria—parece y puede ser más interesante que la cosa misma. Es decir, que un objeto, una emoción, un estado de recuerdo con su proyección evocativa, es más fácilmente poetizable que un objeto actual. El minuto presente, por su misma imprecisión y movilidad, ofrece más dificultades para llegar a ser materia lírica; los recuerdos fermentan ellos solos al envejecer y destilan un alcohol de poesía. Así,—por ejemplo—cuando Valle-Inclán nos habla de Santiago o Darío de Versalles, su esfuerzo lírico, en rigor no es tal: su intervención poética queda reducida al menor grado. Para esa labor de acumulación de recuerdos formados con nostalgias y esplendores pretéritos, ni Darío ni Valle-Inclán necesitarían su cerebro y su sensibilidad: les bastaría con poseer la normal subsconsciencia de un burgués paseante. Las solas palabras «Santiago», «Versalles», asociadas a la evocación de tales lugares que su simple nombre suscita, son ya poesía intrínseca. En cambio, tomad las palabras «Liquidación - Automóviles Chevrolet - Próxima inauguración», divisadas, relampagueantes al pasar desde la plataforma de un autobús, sobre una valla de anuncios. Intentad poetizarlas; disponeos a convertirlas en materia estética, a extraer de su cotidianidad vulgar una visión de frescura y una metáfora original. ¡Ah, convendreis en que esto es muy distinto! Hace falta una agudeza visual, una sensibilidad lírica nunista y un vocabulario muy diferente al requerido para obscurecer, aun más, con llantos elegiacos, las piedras verdinosas, o para situar dos autómatas que se hacen el amor sobre los parterres geométricos.

Lograr un relieve y una emoción singular y fragante para el tema inédito, sea o no maquinístico, constituye un «número de fuerza». Pues bien; solo los artistas que tienen músculos para vencer en estos «tours de force» líricos, son de los nuestros, son nuestros poetas.

Guillermo de Torre.

© Biblioteca Nacional de España

Romance de Doña Mari Dolorida

Por las bañadas crujías
del palacio del Obispo,
Doña Mari Dolorida
lleva su dolor zurcido.

Cera, su cara morena,
temblor bajo su corpiño,
mariposas sus pestañas,
azogue en el abanico.

Tres paños de velloríi
sobre la falda, en tres picos,
en cada pico un mancebo,—
cada mancebo un Cupido;

pajes que en andas la llevan
por las faldas del vestido.

Chapines de cordobán
se asoman al velludillo
de la orla, recamada
de azabachescos caprichos:

y el cuello de caniquí
sobre sus hombros dormido,
alas abiertas, perladas,
—neblí de su pecho herido—

por el anatema *in cápito*
de su amante más querido.

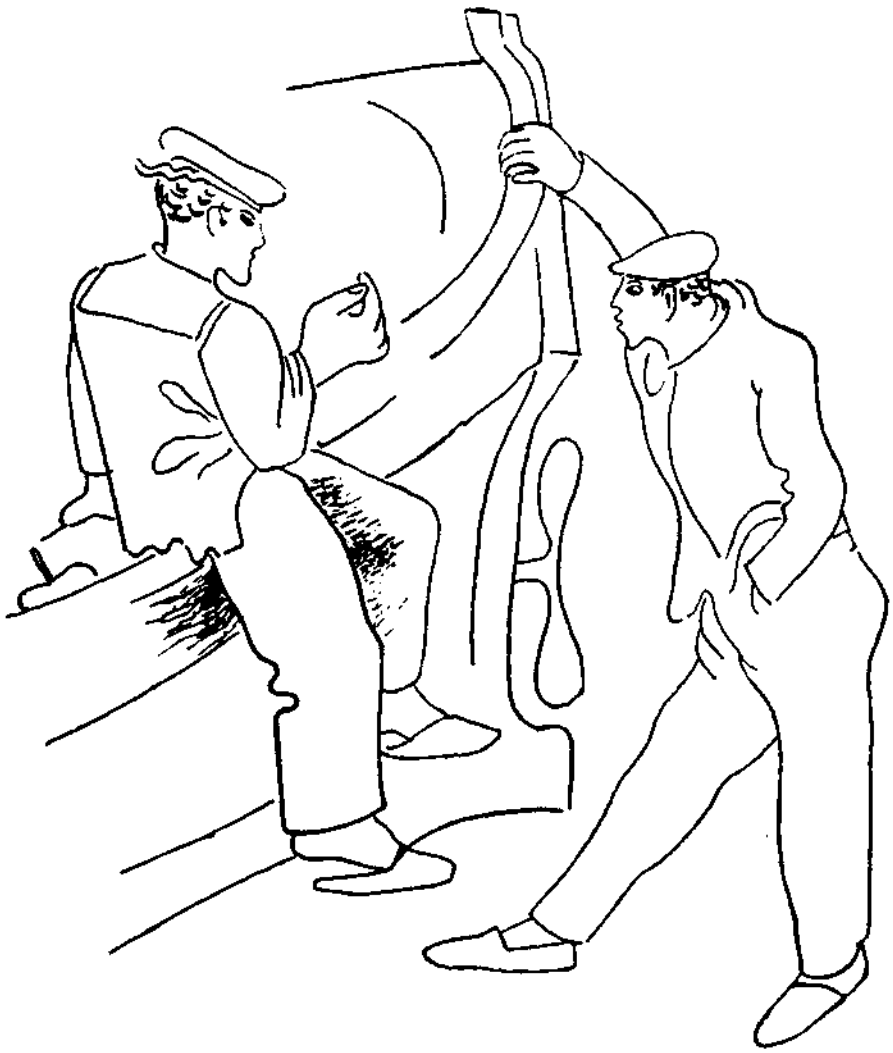
Mitón negro en mano blanca
vuela, pajarillo pinto;
prende en su pico, rosado
de uñas, el verde anillo;

—periquito rey de dedos
en la mano del obispo;—

y con mieles calentadas
entre dos corales vivos,
Doña Mari Dolorida
besa llorosa el anillo.

Fernando Villalón-Daoiz.

© Biblioteca Nacional de España



Benjamín Palencia
Altea 1927.

© Biblioteca Nacional de España

Romance

Un vendavalito blanco
se asoma por mi ventana.
Su aire, abanico invisible
de hojas de almendro y sus alas
de cigüeñas jovencitas
en las pechugas pintadas,
todo el celeste y el rosa,
tordo, azul, granate y plata,
es un regalo de junio
a mi paciente mirada.
Colgadita de cerezas
resplandece la mañana;
una brisa de Sanlúcar
le da su poco de agua;
el agua se trajo una
limpia y brillante algazara
de fresca pleamar, trotando
por la arena soleada.
Los vendedores descalzos
llevarán en su canasta
acedías violetas
y reluciente pescada.
Cuando se duerma la tarde,
en una blanca fragata
con triangulares banderas
celestes y coloradas
iré en busca de la niña
de carne pulimentada
con verdor de calamares
y con sangre de mojarras:
Inglesita marimacho
de pantorrillas doradas
que desde el último otoño
está perdida en la playa...

Juan Sierra.

© Biblioteca Nacional de España

Breve motivo de campeonato

Cuando el automóvil comenzó a pisarle los talones al campo, el viento, alegre bandolero, vino a robarle a ella la risa abriéndola como banderas del camino.

Iban solos por primera vez, sin los testigos aisladores de otras tardes. Cuando, momentos antes, no estaba aún mediado entre los dedos de él su primer cigarrillo de la espera, ya la vió acudir, a su encuentro, por la escala azul del humo. A toda prisa vino hasta la convergencia de sus dos rutas. Y aunque llegó con la voz algo cansada—quizás por falta de entrenamiento en la víspera—confirmaban sus ojos la cálida emoción del desafío. Buscaron las puertas francas de todas las calles, en escape libre hacia el «stádium» por entre las paralelas de los edificios que los miraban con ojos asombrados.

Quiso hacer, previsor, un estudio del equipo contrario. Le midió las potencias con la vista, y pudo advertirlas ágiles, desenvueltas. Precioso incentivo para una lucida y clara tarde de campeonato.—¿Qué tácticas desarrollarían aquellos ritmos de primavera?—Un momento le trajo la esperanza de que no habría fuerzas contra la pleamar de sus abrazos, y otro, opuestamente, el temor de mirarse vencido.

El «stádium», por fin, se adueñó de la página en blanco. Era ancho, libre. Raya de luz por la tierra mollar de los bancales. Unos avances más del automóvil, y penetraron los instantes en que la moneda de la suerte decidió las primicias del encuentro.

La bocina dió los tres hurras. Y sin vehemencias, en cauteloso avance de sus cinco delanteros por la margen izquierda, él inició el partido. Llevaba el viento de cara, intensificado, y había de esforzarse manteniendo firme las bridas de la emoción: emoción que en todos los comienzos le invadía, amenazándolo ahora con el riesgo de que el balón se le escapara, por una lateral, fuera del campo.

Aunque no parecían existir los obstáculos. Ya en íntimos terrenos, hasta la defensa de ella se mostraba inadvertida, ajena, descuidada. El tiro de sus ojos, llevado por el viento, iba a perderse lejos: entre un grupo de molinos blancos, que agitando los brazos disputaban en una de las tribunas.

Y el avance seguía. ¡Deliciosos ritmos de primavera! La emoción, persistente, lo abrasaba con dulcísima sed. Sus cinco jugadores se habían desplegado en semicírculo cóncavo, presionando, y ya estaban enfilados ante las dos columnas de la puerta cuando súbitamente les cortó los impulsos la llamada del árbitro.—¡Off-side! ¡Off-side!—Mas como tercos, envueltos por la atracción de los abismos, todavía quisieran continuar, viéronse caídos bajo todo el equipo contra-

© Biblioteca Nacional de España

rio, que los retuvo, presos, dejándoles sentir el triunfo sin poder penetrarlo.

La página en blanco, se quemó por la más ardiente luz reveladora. Activo capitán dejó a los delanteros prendidos, enlazados, y abrió una nueva línea combatiente. Alta, palpitante, loca. ¡Qué seguro esta vez, qué certero y exacto! No hizo más que inclinarse, centrar, y obtener (¿robar?) el goal primero: sus labios.

*

Resumen.—Se alejaban del campo. Se alejaban del viento. Ella recogía y plegaba, al volver, los trozos de su risa tendidos antes como banderas del camino. Después quedó abstraída, meditando.—Tres a cero.—Pero la callada reserva fué traicionada, al despedirse, con la nueva cita para el día siguiente: día del encuentro decisivo, final, del campeonato.

J. Rodríguez Cánovas

Cartagena, Abril, 1927.

El crimen

Miércoles noche.—Agliberto, pendiente de la película que muestra como función los funerales del gran poeta a quien visitaron difunto. Oye sonar una palabra igual que las grandes burbujas de aire en el agua: ¡La gloria! ¡La gloria!

Celedonia se aprieta a él, de un modo injustificado e intolerable.

—Hija mía ¿no sientes el calor!

Cada vez se refugia en su pecho; con mayor espanto, niña miedosa. Luego suplica con voz ahilada:

—Aglibertín, vamos a cambiar de sitio.

El accede, sin comprender, fijos los ojos en el ataúd, que en la pantalla, se bambolea entre los brazos de los estudiantes. «Cambiemos de asiento otra vez. Allí. En aquella fila».—Al poco rato: «Agliberto, ¿quieres volver donde estábamos?». Luz. Descanso.

—¿Estás azogada?

—No. Gracias a Dios ¡ya se marcha! ¿Ves aquel hombre rubio que sale? Es un sinvergüenza. Se ha sentado las tres veces junto a mí y ha querido desabrocharme las ligas.

—Felón, voy a pisotearlo.

—No, aquí, no. ¿Comprendes? No comprometas mi situación. ¡Yo que he hecho creer a mi familia que estoy aquí con mi amiga Claudia!

Agliberto, indignado. Si hubiera querido llevársela ¡bien! Pero ¡quitarle las ligas!

—¡Ay, Virgen Santísima! Ya está ahí otra vez, con la oscuridad.

—¿Dónde? Voy a matarlo,

Alguien se levantó de un asiento próximo.

—Se ha asustado el muy cobarde. Ya es va.

—Pero ¿quién es? Quiero conocerlo.

Salieron. Celedonia, arbusto temblón. Enredadera asida al brazo de su amigo.

© Biblioteca Nacional de España

Avenidas. Calles. La luz de limón helado de los globos eléctricos no refrescaba su furor.

—Mira, mira. Nos va siguiendo. Es aquel. ¡Qué miedo tengo!

—Sí. Ya le conozco. ¡Ahora si que le pego!

La enredadera no le dejó moverse. Llegaron al hotel. En el umbral, viéndolos subir, con un ansia golosa y mendiga, quedaba una figura de hombre. Enternecedora miseria.

—No se me despinta—afirmó Agliberto.

—No vayas a cometer la imprudencia de provocarlo. Puede ser un asesino. ¡Es tan osado!

El pensó en Mab, pero el fuelle de tanta desfachatez torna incandescente el ascua del agravio. Frente a las alcobas, apenas rozaron sus labios la mano, tan breve, de Celedonia desconfiada. Hubiera querido besarla en la frente, en señal de paternidad. Pero aquella noche ¡no! Había que sostener la antagónica pureza del vil y torpe atentado. Baja la escalera, de cinco en cinco peldaños, desecha su junco, y en el vestuario escoge una rolliza bengala, la más robusta. Se asoma a la calle solitaria, pizarrosa. El bellaco perseguidor, con disimulo vergonzoso huía en una marcha normal, remedando a un transeunte que fuera buenamente a recogerse. Lo alcanzó, derribándolo de dos garrotazos. Quedó descalabrado con esmero, tendido en la acera. Celedonia gritaba desde el balcón. Se desmayó, rompiendo un sofá en su ataque de nervios.

Pero Agliberto estaba satisfechísimo de la experiencia. Y tenía razón para ello. Un solo reparo podía ponerse a aquella operación tan diestra: el caballero que yacía con la cabeza rota, ni habrá estado en el cine, ni habrá sido el infame que intentó desabrochar las ligas de Celedonia.

Viernes mediodía. — «Sí, adoradísima »Mab, sí. No dejo de hacer fotografías. »He conseguido un descubrimiento. Un »prodigio verdadero. He fotografiado el error.

«Sin exageración, casi todo mi ser sigue en Madrid. Pero no mi alma, evaporada o sumergida no sé donde. Lo que he dejado allí, mas que espíritu, es eso que se llama —equivocada o ciertamente—el cuerpo: esa sospecha de algo grave, residual: estopa, viruta, serrín. Mi corazón está aquí haciendo el papel de esas espirales de reloj que bostezan bajo un fanalito transparente, deshauciadas, desterradas de la tertulia de toda la máquina; de los volantes bailarines, de las ruedas dentadas, gordezuelas, de uñas bruñidas bajo el carmín de los rubíes...

«De mi alma me falta mucho. Pero yo »fuí quien no quiso llevarla en mis maletas. »De mi cuerpo, me falta mucho más. Sin »embargo, mi corazón sigue todo él aquí, »para retocar mis fotografías y mis errores, »henchido, rebosante, para ofrecerse a Mab »y caer a sus plantas, a través de la alfombra de la distancia.»

El jefe de policía entró en el calabozo. Sus ojos ocupaban el centro del laberinto de sus bigotes gatunos.

—¿A quién escribe Su Excelencia?

—Reduzca el tratamiento. A la mujer que adoro.

—Entonces... esa señorita que le acompañaba, ¿no es su esposa, ni su amante? ¿Ni siquiera su novia?

—Ni siquiera hermana, cuñada o prima.

—¡Oh, en tal caso, lo que usted ha hecho es doblemente admirable! Voy a ponerle en libertad, sin más trámites. Si en vez de apalear a un señor inocente, hubiera descalabrado a ese hombre indigno que deshonra a nuestra patria con sus abominables audacias, la cuestión sería muy grave para usted al tener que ratificarse en declaraciones que comprometen la caballerosidad nacional. Nosotros estamos siempre dispuestos a per-

© Biblioteca Nacional de España

donar a un extranjero mal fisonomista mejor que a un súbdito incorrecto. Y si el crimen ha de expiarlo quien lo comete, la mera incorrección de un súbdito debe purgarla quien la descubre. De aquí en adelante, usted, en su conciencia, no lamentará tanto el agravio como el yerro. La justicia, en una falta leve, se conforma con eso. La patria, también. Ha tenido usted acierto al equivocarse. Queda en libertad.

—Muchas gracias. Esta detención me hubiera hecho faltar a un convite.

En la puerta de la cárcel le esperaba, ¡claro es! Celedonia. Su admiración le envolvía en mil tentáculos, le aplicaba sus ventosas. Estuvo tentado de volver a su encierro. Sentía hambre.

—«No hay mejor ajenjo que el delito»—pensó.

—¿Vamos a la lechería persa?—propuso ella.

—No. Hoy almorzaré temprano. Me invitaron, como sabes, el gerente y los ingenieros del Megaterio-Acueducto.

—Y yo ¿no almorzaré contigo?

Sacudía en sus mohines melindrosos bajo la campana violeta de su sombrerito—corola de paulonia—el pólen de sus pecas, la pelusilla de su carne de albaricoque.

—No. Me parece imprudente. Quizá llegara a oído de tu familia, que estás aquí, conmigo...

—¿Y qué me importa? ¿No has expuesto por mí, la libertad, la vida, la pureza de conciencia?... Te debo el último instante de mis resortes, el penúltimo glóbulo de mi sangre...

Aquel lenguaje le sirvió de trampolín. Brincó sobre un puesto de loza, destrozando jícaras, tatuadas de azul. Pulga humana, penetró en una estación y tomó un tren de juguete. Celedonia, detrás, suspendida en los aires, se posó en una plataforma. Bajo el volumen lila de sus piernas volaban las panzas de golondrinas de los zapatitos blancos.

—Si no puedo comer contigo, tomaremos café juntos.

Algo les unía en su distancia. Mientras llegaban, comentó, un poco afligida:

—Cuando me case, recordaré con alegría este viaje de novios sin noviazgo, y sin... amor.

Tres playas de oros. Plum-cake de chalets. Palmeras friccionadas con la quina del sol. Un viento de odisea.

—Ponte estas gafas negras. Parecerás una norteamericana.

—Yo comeré en aquel figoncillo. No te endioses en la sobremesa.

Los torbellinos se atropellaban, vertiginosamente. Envuelta y revuelta en pliegues. Niké de nave, le pareció vilano o pluma que los aires se llevaban al otro lado del Océano. Respiró y almorzó con apetito y éxito, por vez primera, en seis días. Después los ingenieros le llevaron al figón donde Celedonia le preguntaba ya cuantos terrones ahogaría en el recuelo.

—¡Ah! Pero ¿ustedes sabían?... ¿o sospechaban?

—Hombre, les tan natural!—dijeron, ellos, todos, unánimemente.

Mauricio Bacarisse

Fragmento de "Los temibles amores de Agliberto y Celedonia".

© Biblioteca Nacional de España

Neorama

LABORATORIO DE ARTE

Nuestra Facultad de Filosofía y Letras ha empezado la publicación de *La Escultura en Andalucía* obra del mayor interés y provecho. Dirigen la edición los profesores y alumnos del Laboratorio de Arte, organismo de espíritu moderno y firme orientación, cuyo trabajo serio, pulcro y perseverante le coloca en la vanguardia de los centros de investigación nacionales.

A tono con las circunstancias logra dar al arte lo que es del arte, desglosando al presentar los fenómenos artísticos, toda promiscuidad tradicionalista de literatura ocasional y enojosa erudición vana.

Se hace en *La Escultura en Andalucía* una tan justa reproducción de las esculturas modeladas por Mercante para las puertas del Nacimiento y del Bautismo, de la Catedral de Sevilla, que constituyen plenariamente el texto del primer cuaderno de la obra. En la segunda carpeta se complementará la presentación del escultor Lorenzo Mercante de Bretaña y dará comienzo la del retablo del antiguo Monasterio de San Isidoro del Campo de Santiponce (Sevilla) debido a Juan Martínez Montañés.

Al registrar este feliz acontecimiento de cultura local, demos paso, precisamente, a las palabras que dan el programa concebido por el Laboratorio de Arte para esta empresa. Así se conocerá mejor el gran propósito que le anima:

«El extraordinario interés de su asunto justifica la publicación de *La Escultura en Andalucía* que, como obra de conjunto estimamos que no tiene precedente en la bibliografía artística española.

Aspira el Laboratorio de Arte a la presentación gráfica de las obras capitales dando así la mayor difusión a una parte del material fotográfico que ha ido reuniendo.

Nuestro propósito es agotar todas las creaciones importantes de la escultura en Andalucía. Con esto queda dicho que la empresa es grande y que a este cuaderno sucederán otros en número aun no determinado. Se reserva para el final la indicación del orden de las láminas, el que permitirá seguir la evolución de las escuelas, y la publicación del texto de la obra que contendrá una breve historia de la Escultura en Andalucía y el catálogo de las obras reproducidas con todas las observaciones y notas bibliográficas a ellas referentes que hasta entonces puedan reunirse.

El texto que acompaña a cada cuaderno no tiene más alcance que el de ser una indicación sucinta y provisional sujeta a posibles rectificaciones.»

Junto a esta edición, el Laboratorio de Arte prepara otra por demás interesante. Quiere en ella coleccionar la documentación relativa a los artistas andaluces, para establecer la depuración de estilos e influencias, fijar la situación cronológica de las obras y llegar, en fin, a cuantas consecuencias pueden extraerse de un buen cuerpo de investigaciones. Llegarán con ello a facilitar el camino a los eruditos y estudiosos poniéndoles a mano una suma de datos curiosamente indicados y distinguidos, cuya perdurabilidad, por la forma a que se adaptan, quedan suficientemente garantizada.

Un anticipo de parte del sumario de la primera colección: Manuel Giménez Fernández: *«El Retablo Mayor de la Catedral de Sevilla y sus artistas»*; José Hernández: *«El Retablo mayor de la iglesia parroquial de Espera»*; Padre Gálvez: *«La Escultura de Juan de Mesa»* y de anónimo investigador: *«Documentos sobre Roelas»*.

El empeño del Laboratorio de Arte, vale esto: saber que Sevilla, por el frente que tan brillante instituto cultiva, ha llegado a la frontera de la perfección.

A. C. de T.

BOUDDHA VIVANT

Paul Morand. (Grasset.-París, 1927)

El *match* Oriente contra Occidente—nada menos—, viene a sustentar el aliento que extremece esta fronda extensa de 247 páginas: el último libro, «vient de paraître», de Mr. Paul Morand.

...La fronda extensa, copuda; y el tronco flébil, ideal, casi una ficción.

Paul Morand ha caído esta vez en el molde hueco—bueno para los vaciados en escayola—, que es siempre uno de esos "grandes problemas" de la humanidad: *Bouddha vivant* transporta en esa prosa francesa—prosa lanzada de Paul Morand—, un indudable lastre teutón: Oriente contra Occidente, ideologías desahuciadoras de Spengler, de Keyserling...; asimismo defensas a lo Massis.

Pero, por otra parte—y el mismo Paul Morand lo expresa de grado—, "los alemanes, sospechosos, prefieren decir a gritos que el Occidente se muere, antes de confesar que no les ha salido bien lo de pasar bajo el Arco de Triunfo". Europa—lo inconsciente casi absoluto—, no obstante su tónica "ingratuidad" y a pesar de todo, goza de buena salud.

Luego... ¿el nervio, la razón sustentadora, troncal de esta fronda de 247 páginas...?

* * *

El bárbaro joven: Jâli, heredero de un pequeño reino del Sur asiático—Cambodgia, Birmania, Siam...—, arrebatado al

© Biblioteca Nacional de España

Occidente por impulsos éticos e imperativos de mística fundamental, es el Buddha vivo con que el autor practica sus experiencias—"somos una generación de cobayos", ha escrito Morand a otro respecto—, de contraste de civilizaciones, climas, culturas, razas: latitudes.

En Londres, en Cambridge—Trinity College—, en Paris, en New-York, Jâli es a voluntad de Paul Morand la llama aguzada de un soplete para la contrastación de calidades. Y esto es un hecho—y para todas las obras de "avant-popos"—: Jâli es movido aquí en el libro como lo son los términos de un teorema para una demostración elegante. Jâli reacciona ante Occidente en Budha puro; luego el fracaso práctico; luego la renunciación y la vuelta al Asia para fundirse, sabiamente, en la entidad de los seres y el ser...

Misión social, política social... Propósitos... En una encuesta publicada por *Les Nouvelles Litteraires*, Paul Morand, termina: "Tengo deberes para quienes compren mi libro; siendo el primero de ellos decir lo que yo estimo que es la verdad en nuestro época. Quisiera que mis novelas ayudasen a la gente a comprender lo que leen por la mañana en su diario. El título más elevado y envidiable me parece que es aquel con que el pérfido de Sainte-Beuve intentaba desacreditar a Balzac, cuando en 1834 escribía: "Mr. de Balzac es por excelencia el *novelista del momento*".

Propósitos de didactismo: transcendencia... He aquí un lastre demasiado grave para la sonrisa que la nueva estética ha de componer... ¿Qué pesantez de vísceras es ésta, qué presión cerebral? Ahora las imágenes—imágenes lanzadas de Mr. Paul Morand—, emergen por ley de raridad entre la malla del silogismo...

* * *

Los reclamos editoriales sobre *Bouddha vivant:* "Esta novela es el libro más importante de Mr. Paul Morand"... "Le plus grand livre de l' année"... etc., etc.

Los reclamos editoriales y los propósitos de misión hermenéutica social que Mr. Paul Morand suscribe... He aquí todo. Totalicemos: *Bouddha vivant*, un libro—reversión de sus dedicatorias memorables ¡oh, Juan Ramón!—, escrito para "la ínfima mayoría".

R. L.

POESÍA DE PERFIL

POR JOSÉ MARÍA HINOJOSA

(París, 1926. Se encuentra en casa de León Sánchez Cuesta, librero. Calle Mayor, 4.-Madrid.)

Uno de los más sugestivos aspectos de la moderna lírica andaluza, es su diversidad temática dentro de la unidad de normas impuestas por el gusto y la corriente estética actual. De los catorce o quince autores que pudiéramos requerir si intentáramos hacer una labor antológica de los últimos años, cada uno de ellos aportaría un color bien distinto y definido entre la rica gama de sus compañeros. (Publicadas ya algunas obras de Federico García Lorca, queda deshecho el error de los que atribuyeron a Alberti, cuando la publicación de "Marinero en tierra", estrechas similitudes con la entonces inédita labor del poeta granadino.) Esta diversidad formal y temática es índice expresivo de la gran fuerza lírica que atesora hoy Andalucía. Porque, junto al sedimento ultraista encaminado por Gerardo Diego a más organizadas normas con el creacionismo—Pedro Garfias, Adriano del Valle—; junto al andalucismo nuevo de Lorca y Alberti en alguno de sus modos, y junto a la honda vitalidad de un romanticismo tan sutil como de nuestros días, conseguido por Altolaguirre y Cernuda, restan aun campos para poetas de aristas menos conocidas, tales como Laffón, Prados, Collantes de Terán e Hinojosa.

Tal vez sea José María Hinojosa uno de los más característicos poetas de este movimiento. Su labor, hoy, ha superado ya aquella etapa primera a que se refería Juan Ramón Jiménez al llamarlo "vívido, gráfico poeta agreste". Hoy es poeta de raids extensos, y entre los muchos que ha verificado no ha sido el más infructuoso, ciertamente, el batido sobre la última hora sugestiva de todas las literaturas europeas. Con provecho: no sólo para la más completa riqueza de su lira, como para el logro de esa nota agria, aislada, dudosa, que a veces tienen sus versos y que complementan el rico concierto de valores a que aludiamos al comenzar estas líneas, añadiendo al grupo lírico una flor de origen lejano, con un perfume mortal entre la ironía y el misterio. Recordemos aquella inesperada terminación de un poema:

Por alero de nieve
pasea mi retrato
de mangas verdes.

En "Poesía de perfil" hay imágenes plenamente logradas, en la más pura escuela de imágenes nuevas, de imágenes justas sostenidas en la sombra de la idea por todos los resortes misteriosos de la moderna sensibilidad:

El momento se ha hundido
en la arena caliente del desierto.

O esta otra sensación de celeridad vertiginosa:

La vista avanza
como flecha
lanzada
tras la quietud suprema...

Juego de reflejos:

Un espectro de barca
pasó por el reflejo
y sacó luz del mar
al golpe de los remos.

© Biblioteca Nacional de España

"Y sacó luz del mar"... La luz adquiere siempre—buen mediterráneo—una fuerza primordial en la poesía de Hinojosa. El logra dominarla a su antojo y reducir su imperio a versos tan frágiles y diminutos como estos:

Una astilla de luz
agujerea
los tulipanes negros.

La luz lo lleva, además, a una trayectoria de deseos infinitos

(¡Alas, que quiero volar.
¡Vista, que quiero encerrar
en mí todos los colores!)

que más tarde, ahora, en "La Rosa de los Vientos" lograrán realidad cumplida. Andar, bogar, volar. Porque desde luego, Hinojosa ha sido el primer marinero por agua, cielo y tierra de esta gran fiesta náutica—sal y azul—de la última poesía. Su afán caminante no es producido por la delectación emotiva del medio, del paisaje: es la embriaguez de la marcha por la marcha misma, por lo que hay de instinto poético, de manantial lírico en el beso del aire y en la caricia insatisfecha de las lejanías. Las horas de sus itinerarios llevan un oculto encanto poético como los crisantemos de este poema suyo tan delicioso:

En un hilo sin fin
voy engarzando crisantemos:
los echaré a volar
cuando se hayan abierto:
y en sus hojas pondré
un ancla hecha de viento.

En otro NEORAMA, al ocuparnos de los suplementos de "Litoral" completaremos estas líneas con las notas suscitadas por la lectura de "La rosa de los vientos" último libro de José María Hinojosa.

J. R. M.

GIMÉNEZ CABALLERO Y "GECÉ"

ESCOLIOS A GIMÉNEZ CABALLERO: A lo mejor, además de autor de "Carteles" es un hombre de biblioteca y reposo, cuya actitud sedente, apaciguada, le permite observar con enfoque sostenido, definir con aplomo y remover sembrando minas más a lo ingeniero que a lo *destrover*. Aunque no pueda preverse lo que representará "Los toros, las castañuelas y la Virgen" (Caro Raggio. Madrid, 1927) en la obra total de Giménez Caballero, es natural encontrarlo ya desacorde con su menudeada labor de remoción y definición. Este paso del *scherzo* al *grave* no es desde luego una solución de continuidad. El ensayista en calma no pierde contacto con el alado "Gecé" gracias a su elección de la palabra *resucitamientos* para denominar series especulativas con que pone modernos puntales a ciertos matices de la tradición étnica de cuya muerte nadie se ha dado cuenta mientras no los ha visto resucitar, mientras su resurrección no le ha sido prometida, cierta y para pronto. Sin gran asombro del distraído testigo de defunciones, porque el taumaturgo animador nos tiene acostumbrados a no dejar que el pulso de la vida sea distinto del pulso de su obra: aunque ésta sea todo lo *hecha* e *intempestiva* que se quiera, aunque para hacerla maneje la memoria histórica y aun el más clásico instrumental de disección, el ensayista no cesa de mostrarnos como opera siempre sobre sujeto vivo. Y el resuello vital de lo paciente se percibe indudable a cada intervención del vivisector: el resuello vital y las mismas contorsiones y esguinces del rebelde sujeto, que obligan después, cuando el profesor redacta el memorandum de sus experiencias, a expresarse en un estilo de respingos y esguinces paralelos a la vitalidad exasperada de la materia experimental. Y un estilo así, *que no compone*, que sólo se desvive por edificar substanciosamente, es digno preludio para la intención de unos tiempos como los nuestros. Se nos ha dicho (Bontempelli): *La misión más urgente y precisa del siglo veinte será la de construir de nuevo el Tiempo y el Espacio.*

ESCOLIOS A "GECÉ". La crítica debe cambiar no sólo de punto de vista, sino también de material expresivo. Recordemos que Udine criticaba la música con dibujos en el texto. La forma de una melodía puede encerrarse entre letras como un triángulo o una línea quebrada. Gráficos, no referencias. Sean el árbol genealógico, la notación algebraica, el cuadro sinóptico, el diagrama y el cartel los medios expresivos de una buena síntesis definidora. Y los signos *más* y *menos* e *igual a* y aun el embudo revelador de los signos radicales sustituyan con ventaja a los hechizos períodos copulativos. Lo mismo que un tratado copioso puede reducirse al logaritmo de una ramoniana "greguería", condensemos en *lenguaje pobre* la sustancia de nuestras especulaciones. Volvamos si es preciso al lenguaje ideográfico: encontraremos tal vez la crítica pura. La pura poesía se intentó primero con caligramas rupestres; luego, Apollinaire los cambió en tipográficos: más tarde se pensó en que esto era una facilidad: pero la crítica no ha de tener tal miramiento. Interpretar o descubrir el arte implica una misión divulgadora a cuya eficacia deben someterse todos los procedimientos. "Gecé" gusta de la *hoja volandera* como de una carnada basta y ruidosa que ni siquiera se preocupe de encubrir los anzuelos para lectores que pasen de largo: es necesario que los peces piquen más por curiosidad que por persuasión. No es interesante la oveja sumisa y predispuesta, sino la montaraz y de oreja tardía; por esa hará el buen pastor leguas de camino y aun abandonará el seguro redil. O bien hará desde el redil señas de tal clase, que la desertora volverá la vista y hallará que en el cercado hay cosas dignas de atención. Esto, que tanto abrevia, que tanto rinde, "Gecé" lo postula, no sólo desde su "Gaceta Literaria"—publicación tan ceñida entre las lindes de una disciplina como entre las suyas las re-

© Biblioteca Nacional de España

vistas de farmacia o arte militar — sino coloreando las hojas de prensa no especializada con pericones de lírica suramerina, periplos en aguas de la horchata y la estera, demostraciones sutiles de la relación trabada entre el ectoplasma y el cocido...

En resolución: se debe a «Gecé» su militante devoción por las fórmulas *Instruir desconcertando* y *Nadie sabe todo lo que puede haber en una incongruencia*. Se le debe, sobre todo, un ancho salto hacia la crítica de cuatro o cinco dimensiones.

"REVISTA DEL ATENEO"

(Número especial dedicado a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Junio 1927. Jerez de la Frontera.)

En el trigésimoquinto de sus números la jerezana «Revista del Ateneo» se honra y nos deleita consagrando un texto copioso a la memoria de su paisano el descubridor del Mississipí. Un justo encomio firmado por Chamorro de la Torre, abre paso a la meritísima *Aportación*, tan gráfica y literariamente documentada, con que *Martín Ferrador* ocupa el grueso del sumario, cerrado por unas páginas en esperanto, originales de Pedro Naranjo, que suponemos dedicadas a epilogales alabanzas del trabajado navegante andaluz. Edición para biblioteca esta que nos depara la "Revista del Ateneo": cerca de trescientos manuscritos se anotan en ella para ampliación biográfica de Alvar Núñez. Y por primera vez en Europa, se nos da impreso el íntegro relato de las glorias y miserias apuradas por el Adelantado de Río de la Plata. (¿No hallará el bien dispuesto *Martín Ferrador* la ocasión de poner en volumen tan sustancioso monumento histórico, avalorado por las notas de aclaración y complemento con que de fijo puede agrandar su interés?). Este verdadero acontecimiento, contribución preciosa a la cultura humanística de nuestros días, se ofrece en el marco de buen gusto habitual de la "Revista" jerezana: una tipografía sencilla y noble, subrayada por impecables grabados facsimilares. Todo trasluce la influencia depuradora de *Martín Ferrador*. (*Martín Ferrador*: seudónimo elegido por Francisco José Rajel para mostrar su amor a los usos del buen tiempo del humanismo y hacer una simpática profesión de modestia. Aunque de sobra conocido en la esfera de sus actividades, podemos abrigar la pretensión de descubrir a este joven erudito, cuya labor de especialista prefiere arrostrar las exigencias de los doctos. Se espera, con segura previsión, cuanto es dado aguardar de sus maduras aptitudes.)

LOS SUPLEMENTOS DE "LITORAL"

La aglomeración de trabajos en el "Neorama" de "MEDIODIA" impide seguir la marcha de las publicaciones o acontecimientos artísticos con la precisión que requiere la actualidad de un hecho o un libro nuevo. En números sucesivos aparecerán más detenidas notas sobre "Canciones" de Federico García Lorca, "Perfil del aire" de Luis Cernuda, "Vuelta" de Emilio Prados, y "La Rosa de los Vientos" de José María Hinojosa. Por hoy, felicitemos efusivamente a la dirección de "Litoral", que de modo tan fino y airoso ha sabido lanzar a la luz de todos los vientos, las obras de unos de los renacimientos más ricos de la lírica, hallando los moldes justos en que encerrar las sutiles esencias de la poesía nueva.

"PAPEL DE ALELUYAS"

Un latente rescoldo ultraista mantenido en Huelva por los ya conocidos autores Rogelio Buendía y Adriano del Valle, unido al entusiasmo de un poeta novel, Fernando Villalón — autor de "Andalucía la baja", libro recientemente publicado y que tan favorable acogida ha tenido por determinados sectores de público y prensa madrileña — lanzan desde el extremo más occidental del sur lírico andaluz, esta nueva publicación literaria. Su primer número trae un buen poema de Gerardo Diego.

ERRATA

El buen sentido del lector habrá corregido la gruesa errata que en el "Romance de Doña Mari Dolorida" destruye, con una declinación fracasada, la excomunión *in cápite* a que en él se quiere aludir.

Mejías y Susillo. Impresores.-San Eloy, 8. Sevilla

© Biblioteca Nacional de España

"SAN JOSE"

Fábrica de Tapones y Cuadradillo de Corcho de todas clases

Francisco Ortiz Muñoz

BRENES (SEVILLA)

DOMICILIO EN SEVILLA:

CALLE MENDEZ NUÑEZ NUMERO 15

Joyería VALDES

SAGASTA NUM. 28

SEVILLA

COMPAÑIA

"LE SOLEIL"

SEGUROS DE ACCIDENTES

RESPONSABILIDAD CIVIL

Y ROBO

Subdirector en Sevilla:

Fernando de Madariaga

ORFILA, 1, APARTADO, 211

© Biblioteca Nacional de España

DOCTOR

ANTONIO LEAL CASTAÑO

CIRUGIA GENERAL

Y NIÑOS

JOAQUIN COSTA NUM. 38

SEVILLA

DOCTOR

Agustín Sánchez Cid

ESPECIALISTA

EN

ENFERMEDADES DE GARGANTA

NARIZ Y OIDOS

JESUS DEL GRAN PODER, 39

SEVILLA

José Gil Ferrera

FABRICA DE ESPEJOS

Y MOLDURAS DORADAS

CONDE DE YBARRA N.º 1

SEVILLA

© Biblioteca Nacional de España

AJURIA, S. A.

Maquinaria Agrícola.-VITORIA

Capital social: 10 millones de pesetas. 43 Sucursales y Depósitos, 43

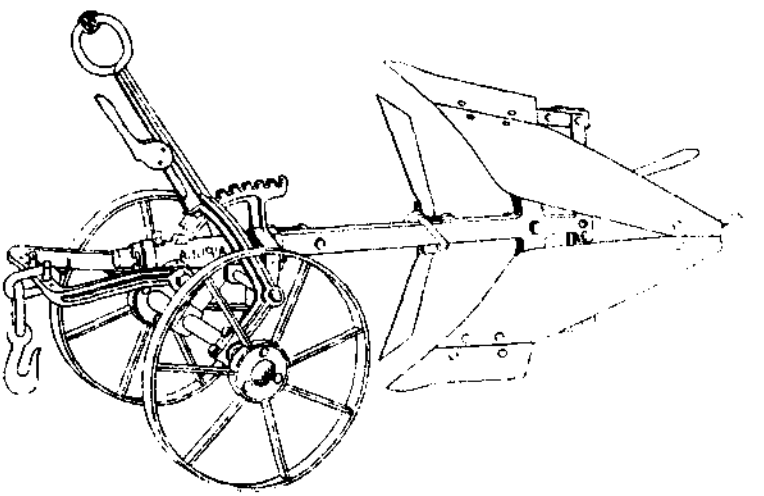
Unica casa en España, constructora de maquinaria agrícola en grande escala

Dos grandes Fábricas en VITORIA y ARAYA

con instalación de hornos eléctricos y fuerza motriz propia: 3.000 caballos instalados en el salto de Cabriana (Ebro)

NUESTRA PRODUCCIÓN

Arados Viñeros; Arados Hispanos; Arados Ibéricos; Arados Alondra; Arados Ideal; Arados YDUYA; Arados BRABANT; Gradas de Muelles; Gradas Articuladas; Arados Trisurcos; Arados Cuatrisurcos; Molinos Trituradores; Corta Raíces; Corta Forrajes; Afiladoras; Aventadoras de mano; Aventadoras a motor; Trillos de Sierra; Trillos Rotativos; Trilladoras AJURIA



CONSTRUIDO EN NUESTRAS FÁBRICAS DE VITORIA Y ARAYA

¡Agricultores!

Ni en precios ni en calidad encontrareis mejores aparatos, por lo tanto comprando a AJURIA, S. A. a la vez que defendéis vuestros intereses contribuis al engrandecimiento de la Industria Agrícola Nacional.

SUCURSALES.—Albacete, Almazan, Barcelona, Briviesca, Burgos, Ciudad-Real, Córdoba, Gerona, Granada, Huesca, León, Lérida, Logroño, Lugo, Madrid, Mérida, Murcia, Miranda, Orense, Oviedo, Palma de Mallorca, Palencia, Pamplona, Pontevedra, Salamanca, Sevilla, Talavera, Valladolid, Villada, Zamora, Zaragoza.

Sucursal en Sevilla: Rioja, 9

Establecimientos afectos a esta Sucursal: En HUELVA, Plaza de las Monjas, 2 en OSUNA, Plaza de San Pedro, 31, en JEREZ, Fermín Aranda, 27.

SUCURSAL EN CORDOBA: GRAN CAPITÁN, 23 - SUCURSAL EN MERIDA: CARDEROS, 5

REPRESENTACIÓN EXCLUSIVA

DE MASSEY HARRIS Y CO. LTD. DE TORONTO (CANADÁ)

© Biblioteca Nacional de España

LA TRINIDAD

FÁBRICA VIDRIO-CRISTALERA

Fernando Barón, S. en C.

Fabricación de Botellería
y frasquería para licores, jarabes, leche, aceite, perfumería, farmacia, específicos, etc., y toda la diversidad de artículos de medio cristal, propios para Cafés, Restaurants, Bares, &., &.

26, Avenida de Miraflores, 26

SEVILLA

© Biblioteca Nacional de España

Aparecerán en números sucesivos de MEDIODIA originales de Rafael Alberti • Dámaso Alonso • Manuel Altolaguirre • Gustavo Bacarisas • Mauricio Bacarisse • José Bergamín • Rogelio Buendía • Félix de Bulnes • Rafael Barradas • Francisco Bores. • Adolfo Carretero • Luis Cernuda • Alejandro Collantes de Terán • José María Cossío • Juan Chabás • Salvador Dalí • Gerardo Diego • Antonio Espina y García • Manuel de Falla • Melchor Fernández Almagro • Federico García Lorca • Pedro Garfias • Jorge Guillén • Fernando Giménez Placer • Ernesto Giménez Caballero • Ramón Gómez de la Serna • Manuel Halcón • José María Hinojosa • Benjamín Jarnés • Fernando Labrador • Juan Lafita • Rafael Laffón • Eduardo Llosent • Antonio Marichalar • Luis Mosquera • José Moreno Villa • César M. Arconada • Luis Ortiz Muñoz • Benjamín Palencia • Miguel Pérez Ferrero • Rafael Porlán y Merlo • Emilio Prados • Manuel Pedroso • Francisco Rajel • Joaquín Romero y Murube • Pedro Salinas • Esteban Salazar y Chapela • Javier Sánchez Dalp • Juan Miguel Sánchez • Pablo Sebastián • Guillermo de Torre • Adriano del Valle • Fernando Villalón

© Biblioteca Nacional de España

UNA PESETA

© Biblioteca Nacional de España